

Capítulo LXXXIX.

Tormento merecido

La mujer que tanto había impresionado á Anton Perez, era Juana Mansilla, esposa de Juan Valiente.

Su hermosura era de ese género que, si encanta á los sentidos, no interesa al corazón.

Sus mórbidas formas, sus ojos rasgados y de un fulgar extremado, pronunciados y un tanto entreabiertos, constituían un conjunto que un escultor hubiera elegido como modelo para la estatua del placer.

El efecto que produjo en Anton Perez, no hay para qué decirlo, fué puramente carnal.

Bien es verdad que su corazón mezquino no podía dar cabida al dulcísimo sentimiento del amor.

Juana Mansilla, á pesar de la predisposición para las pasiones violentas que por el retrato que de ella

hacemos hubiera creído encontrar cualquier observador, rendía verdadero culto á sus deberes, y jamás faltó á ellos.

Así es que las insinuaciones del audaz clérigo, en vez de halagar su amor propio, la ofendía hondamente.

Anton Perez, fascinado completamente por la hermosura satánica de Juana Mansilla, cada día más locamente apasionado, precisamente por la resistencia que hallaba, frenético, fuera de sí, se atrevió á decirle:

—Si premias mi cariño, si correspondieses á esta pasión que me devora, yo huiría contigo donde la acción de la justicia no nos alcanzase, donde pudiéramos entregarnos á la dulce felicidad que mi imaginación me presenta todos los días con tan risueños colores.

Juana Mansilla nada contestó.

—¡Oh! Eres cruel,—continuó Perez; pero al mismo tiempo que me harais el más dichoso de los hombres, serias envidiada por todos. Yo, aunque no soy rico, podría allegar en cuanto quisiera cuantiosas riquezas, porque has de saber,—añadió bajando la voz,—que yo soy el confidente, el agente más poderoso de los enemigos de Cortés; mi viaje á estas regiones sólo ha obedecido á la idea de espiar aquí todas sus acciones, para explotarlas en contrasuya en la corte.

Esta revelación fué un rayo de luz para Juana Mansilla.

Recordaba con gratitud cuánto se había intere-

sado Cortés por ella despues del ignominioso castigo que sufrió por los celos infundados de su marido, y creyó que se le presentaba una ocasion para pagar al caudillo su generosa conducta.

Cambiando completamente de táctica, le dijo al licenciado Perez:

—Por lo que veo, teneis poca experiencia de mundo.

—¿Qué quereis decir con eso?

Juana, como si tuviera que hacer un supremo esfuerzo, añadió:

—¿Acaso mi silencio no os dá á entender nada?

—¡Oh! Señora, no me engañeis con una vaga esperanza. ¡Decidme por piedad!...

—Es preciso que comprendais que al corazon no se le interesa tan fácilmente. Yo, ¿para qué he de negarlo? siento hácia vos una simpatía, que es posible que más tarde se convierta en amistad; pero para eso es preciso que esté convencida de que no soy juguete de un capricho, de una ilusion pasajera.

El paje del obispo Fonseca, creyendo sinceras aquellas palabras, trató de imprimir un ósculo en una de las torneadas manos de Juana.

Esta, aparentando gran indignacion:

—¿Por quién me tomáis?—le dijo con acento severo.—Os prohibo terminantemente que en lo sucesivo os atrevais á saludarme. No he visto osadía semejante,—añadió, haciendo ademan de retirarse.

—Por Dios, señora,—exclamó Anton Perez, cayendo de rodillas;—yo os suplico que perdoneis mi

atrevimiento. Sois tan hermosa, que es disculpable esta demostracion de mi cariño, mucho más si teneis en cuenta que sois la primera mujer que he amado en mi vida.

—Os perdonaré, pero con una condicion.

—¡Oh! Exigidme aunque sea la vida.

—La condicion que os impongo es que jamás os olvideis que hablais con una señora.

Y sin darle tiempo á pronunciar una sola palabra, se retiró.

Anton Perez trató de seguirla; pero una mirada de Juana le contuvo.

Prosiguió esta su camino, dejando al libertino en el estado de excitacion que pueden figurarse nuestros lectores.

—Pero en qué habré estado yo pensando hasta ahora que no he reparado en Juana Mansilla? ¡Cuidado que es hermosa!

Ahora comprendo que su marido sea tan celoso. ¡Qué ojos los suyos, y sobre todo qué morbidez y frescura en su cuello, en sus brazos!

Recuerdo que cuando traté de coger su mano, al mostrar su enojo, se agitaba su absoluto seno de una manera que me enloquecia.

Daria la vida con tal de que correspondiera á mi pasion.

Dejándose llevar en alas de sus ilusiones, permaneció silencioso algunos instantes.

Despues exclamó:

—Es que esa mujer, además de su belleza, tiene

condiciones para quitar el juicio á cualquiera. Por una parte me dá á entender que no le soy del todo indiferente; por otra me arrebató toda esperanza al mostrarse tan altiva.

¿Y quién me dice,—añadió dominado por su amor propio,—que no la he impresionado también; pero quiere convencerse de la intensidad de mi efecto antes de confesarme que me ama?

La lucha que sostenía en su interior, se revelaba en su semblante.

Convulsiones nerviosas descomponían de cuando en cuando su rostro, y sus ojos adquirían esa expresión peculiar á la lujuria.

La sensualidad se había apoderado de él por completo, y le hacía sufrir sus rigores.

Sin poder desechar de su imaginación la idea de poseer á aquella mujer, cuyo recuerdo la extasiaba, se retiró al convento.

La noche la pasó en un continuo insomnio.

Lúbricos pensamientos le asaltaban, y cediendo al extravío á que su criminal pasión le había conducido, hasta atentó más de una vez á su salud.

Al abandonar el lecho, cualquiera hubiera adivinado en su rostro la lucha que había sostenido con las pasiones, y que había sido derrotado por ellas.

Apenas salió á la calle, su primer pensamiento fué ir á rondar la casa donde vivía Juana.

Esta, que aunque era honrada, no desconocía los misterios de la galantería, adivinó que daría aquel

paso su amante, y se asomó cautelosamente á una de las ventanas.

—Qué pene,—exclamó.

Y se propuso no salir aquel día de su casa.

Al abandonar aquel sitio, Anton Perez iba en el mayor desaliento.

—Decididamente soy un insensato,—se decía;—amo sin esperanza. Esa mujer vá á ser mi tormento y mi castigo.

Capítulo XC.

Donde Anton Pérez encuentra la muerte donde creía hallar la felicidad.

Aquella noche, como la anterior, no pudo conciliar el sueño.

Sus pasiones, exacerbándose más y más, le pusieron en un estado verdaderamente febril:

No hay para qué decir que volvería, en cuanto amaneció, á pasar por la calle en donde vivía Juana.

Esta le dedicó una encantadora sonrisa apenas le vió, dándole á entender que la aguardase, porque se proponía salir.

A la entrada de una calle que daba frente á la morada de la mujer de Juan Valiente, estuvo esperando largo rato.

Por fin salió el objeto de su cariño

Le hizo seña de que la siguiera, y así lo hizo Anton Pérez, á una respetuosa distancia.

Llegaron á un paraje, en un arrabal, donde nadie podía espiarles, y allí le dijo Juana:

—Ayer no pude salir de casa, y por más que siento decíroslo, me alegré.

—¡Y para hacerme esta declaracion, tan dolorosa para mí, me habeis mandado que os aguardase? ¡Oh! señora, ya sabia que érais muy cruel; pero nunca hubiera creído que llegasen á tanto, que os gozáseis en mi dolor.

—Me juzgais mal; digo que me alegré, porque el tiempo que ha mediado me ha permitido reflexionar.

—¡Y qué habeis reflexionado?

—Que debeis renunciar á ese amor que me pintais que á mi ver sólo es un capricho.

—¡Ah! Señora, exigidme la prueba que querais, y os convencereis de que no es una ilusion fugaz, sino que, por el contrario, es la idea que me alienta. El hombre que como yo no vacila en sacrificar su carrera, su porvenir, para huir con vos lejos de aquí, bien podeis estar segura de que os ama con frenesí.

—Eso no pasa deser un arrebató, del que más ó menos tarde os arrepentireis. Si eso fuera cierto...—añadió, lanzando un suspiro la astuta Juana.

—¡Será posible lo que oigo!—exclamó entusiasmándose Anton Pérez.—Repetid esas palabras, porque me parece un sueño tanta dicha.

Su interlocutora no le obedeció; pero en cambio le dirigió una mirada que le hizo adivinar un tesoro de ternura.

No necesitaba tanto para enloquecerse el disoluto clérigo.

Convulsivo, frenético, se acercó á Juana, y como, en honor de la verdad, no opuso ella gran resistencia imprimió un fuerte ósculo en su frente.

—Hemos concluido para siempre,—le dijo:—veo que me he equivocado por completo. Yo os creía un hombre de gran corazon; desgraciadamente sois muy vulgar. Yo creía que érais el hombre que habia soñado: tierno, cariñoso, pero sin traspasar jamás los límites de lo decoroso, de lo digno, de lo justo; y ¿para qué negarlo? hasta empezaba á creer en la posibilidad de que algun dia llegáseis á ser dueño de mi corazon. Ahora me convenzo de que nada puede existir entre nosotros.

Como se vé, Juana Mansilla jugaba como con un niño con su seductor.

Aquella volubilidad con que le trataba era un terrible castigo que le imponia por las malas pasiones que habia abrigado hasta entonces.

Se complacia en sostener aquella lucha con Anton Perez, porque sabia que habia de salir triunfante.

Estaba segura de ello, porque no le amaba.

Bien es verdad que si le hubiera amado, no habria tenido tanta fuerza de voluntad.

La mujer es débil en temperamento; pero lo es mucho más cuando vé á sus piés implorando piedan al que ha encendido en su corazon la llama del amor.

Pero no divaguemos.

Anton Perz, que creia sinceras las palabras que acababa de pronunciar Juana, la dijo con un acento en el que se revelaba una resolucion inquebrantable:

—Bien está, señora. Sin vos para nada quiero la vida. No sintais el menor remordimiento si algun dia sabeis que he dejado de existir.

Pronunció con tal tristeza esta última frase, que Juana, á pesar de todo, no pudo ménos de conmovirse.

La contestacion que espontáneamente le dió, decidió por completo de la suerte del paje del obispo Fonseca.

—¡Oh! No hareis eso, Anton; yo os lo suplico.

Aquello era demasiado.

Anton Perez, viendo ya la proximidad de realizar sus deseos, fué mucho más lejos en sus exigencias de lo que habia ido hasta entonces.

Su vaga mirada anunciaba el extravío de su razon.

Juana tuvo miedo.

Para vencer aquella situacion difícil:

—Vamos, calmaos,—le dijo;—dentro de breves dias debe salir mi esposo á desempeñar una comision, y entonces, si veo que efectivamente es cierto ese amor que decis os inspiro, os abriré mis brazos. Ahora dejadme que me retire, y no cometais ninguna imprudencia que comprometa mi reputacion.

Los dias que siguieron á la escena que acabamos de referir, tuvo buen cuidado Juana Mansilla de no asomarse á la ventana ni salir de su casa.

Se arrepentía de las esperanzas que sólo por compasión había hecho concebir á su seductor, porque conocía lo impetuoso de su carácter y temía alguna catástrofe.

Anton Perez, por su parte, empezaba á sospechar que era juguete de aquella mujer, y ardiendo en ira repetía con voz siniestra:

—Yo la juro que si ha tratado burlarse de mí, no lo habrá conseguido impunemente. Ella me ha hecho conocer un sentimiento cuya existencia ignoraba; ella ha acercado á mis labios la copa del placer, y ó he de apurarla, ó he de beber su sangre.

¡Mentira parece que un hombre todavía joven, de escaso talento y de profunda instrucción, abrigase en su pecho tanto veneno!

Trabajo cuesta creer que el que había pasado sus primeros años en un seminario, pudiese hallarse tan fatalmente dominado por los malos instintos.

Afortunadamente era una excepción inverosímil de su clase, y sólo puede admitirse como para poner de manifiesto todos los pecados, todos los vicios, todas las malas pasiones que continuamente acechan al hombre en su peregrinación por el camino de la vida.

Llegó el día de la partida de Juan Valiente para desempeñar una comisión que se le había confiado.

Como era tan celoso, antes de salir dejó encerrada á su esposa.

Esta no se ofendió por aquella injustificable desconfianza.

Por el contrario se alegró.

De esta manera se libraba de Anton Perez, que indudablemente había de asediarse para que cumpliera la palabra empeñada.

No se había equivocado Juana.

En el momento en que se daba á la vela su esposo, abandonó la playa Anton Perez y se dirigió á la morada que se proponía mancillar.

Al ver la puerta cerrada:

—¡Oh!—exclamó.—Esto ya pasa de burla, y conmigo no se juega. Si no abris inmediatamente, derribaré la puerta.

—Reflexionad lo que vais á hacer: yo os juro que se ha llevado la llave mi marido; ya sabéis que es muy celoso.

—Veo que queréis escándalo, y le tendremos,—repuso con resolución el clérigo.

Y con la fuerza que dá la desesperación, saltó de un golpe la cerradura.

Juana comprendió que no podía retroceder; pero una idea que cruzó como un relámpago por su imaginación le hizo afrontar también aquella situación.

—¿Estais seguro de que ya ha partido mi marido?—le preguntó,

—He presenciado su embarque.

—Pues bien; en ese caso... y la verdad es que no mereces que te ame. El hombre que desconfía tanto como tú, no es digno de que una mujer se olvide de sus deberes por él,—añadió, dirigiéndole una mirada que le acabó de enloquecer.

Anton Perez quiso estrechar entre sus brazos á Juana, pero esta, escapándose como la gacela perseguida por el cazador, añadió:

—Voy á acostarme; no entres hasta que yo te llame.

Contrarió aquel mandato á Anton Perez; pero ya sabemos la fascinacion que sobre él ejercia Juana.

Esta, como habrán adivinado nuestros lectores, no pudiendo por otro medio sustraerse de la brutal pasion de su seductor, abrigaba el proyecto de darle muerte.

Cogió una afilada daga, y en seguida se metió en la cama.

A una indicacion suya penetró en la alcoba el crédulo amante.

—Ahora apaga la luz,—le dijo.

Anton Perez se resistia á obedecer esta orden.

Le sonreia la idea de admirar las exhuberantes formas de aquella mujer.

Juana Mansilla, bajando los ojos, añadió:

—Vamos, sé bueno, respeta ese capricho; no quieras que arrostre tanta vergüenza; no me atreveria á mirarte. Apaga la luz, yo te lo ruego.

La manera de hacer esta súplica no podia ménos de dar por resultado su cumplimiento.

Con el puñal en la diestra aguardaba Juana á Anton Perez.

Este impaciente por que llegase el momento que tanto ambicionaba, se aproximó á tuestas al lecho y quiso abrazar á su amada.

Apenas sintió su contacto, Juana, hundiendo el puñal en su pecho:

—¡Muere, infame!—exclamó con voz sorda.

Anton Perez no profirió el menor grito.

El arma homicida le habia atravesado el corazon.

Juana tuvo valor para registrar sus bolsillos, por ver si hallaba papeles que pudieran servir á Hernan Cortés.

Halló, en efecto, algunos, que recogió cuidadosamente.

Anton Pérez, que como ya sabemos, abrigaba el proyecto de escaparse con la esposa de Valiente, habio recogido todas las cartas que recibia de sus cómplices de la córte.

Un momento despues se presentaba Juana á Hernan Cortés, y le decia:

—Vengo á haceros una revelacion antes de presentarme á la justicia.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Hace tiempo que fray Fulgencio de Celanova, —nuestros lectores recordarán que este era el nombre que habia adoptado Anton Perez,—me perseguia, haciéndome proposiciones que ofendian á mi honor. En vano he tratado de disuadirle de su obcecacion, en vano he invocado que respetase mi posicion, las consecuencias que podrian sobrevenir si mi marido se enteraba de lo más mínimo: en vano he procurado hacerle comprender su criminal conducta; doble-

mente criminal por las sagradas órdenes de que se halla investido. Aprovechando la partida de mi esposo, penetró por la fuerza en mi casa, y para librarme de su brutal pasión, para defender mi honra, que se proponía ultrajar, le he dado muerte.

—¡Pero es posible lo que oigo!—dijo Cortés en medio del mayor asombro.—¡Jamás lo hubiera creído en fray Celanova, á quien yo suponía el tipo del verdadero ministro de la religión!

—Ese hombre era un infame. ¡Segun confesion propia, era el agente que tenían en estos países vuestros enemigos de la corte!

—¡Parece mentira!

—Estos papeles que he hallado en sus bolsillos tal vez os convengan de lo que os digo. Ahora os suplico que me aconsejéis lo que debo hacer.

—Dar parte á la justicia de lo que ha ocurrido.

—Pero si mi esposo sabe que un hombre ha penetrado en mi cuarto...

—El desenlace que ha tenido esa escena le vencerá de vuestra virtud.

Se instruyeron las primeras diligencias, y como todo revelaba la verdad de cuanto había declarado Juana, se terminaron los procedimientos.

La esposa de Valiente fué absuelta, y como sucede siempre, aunque aquel sangriento suceso fué objeto de la conversacion de todos, pasada la primera semana nadie volvió á ocuparse de él.

Cuando volvió de su comision el esposo de Juana y supo la escena de que había sido teatro su casa,

en vez de convencerse de la honradez de su mujer, exclamó:

—Indudablemente el galán no sería de su agrado, y además le ofendería la manera grosera de presentarse á ella. Por si otra vez me ocurre tener que salir fuera, voy á hacer que refuercen las puertas y ventanas de la casa.

Esto demuestra una vez más que la enfermedad de los celos es incurable.